

El corazón de las diócesis

El seminario, allí donde se forjan los futuros sacerdotes de la Iglesia, está vivo. Nunca ha dejado de estarlo, por mucho que en él haya influido el devenir de los tiempos. De hecho, ni siquiera esta época, en la que todo parece estar en crisis, afecta tanto a sus filas: un total de 1.265 jóvenes (42 más que el año pasado) responden hoy en España a la llamada de Dios para pastorear a sus ovejas en el quehacer diario del mañana. Aunque no se puede negar que la fragmentación de la sociedad actual le pasa también factura a esta institución, que bebe directamente de sus fieles para formar a quienes después se pondrán al servicio de ese mismo Pueblo de Dios. Pero ahí sigue, con solidez y sin retraimiento, como eje vertebrador que conduce la savia nueva de las diócesis. Aprovechando la próxima celebración del Día del Seminario (19 de marzo), y en el marco de este Año Sacerdotal, *Vida Nueva* ha organizado uno de sus 'Encuentros' para acercarse al germen del sacerdocio que viene. En torno a una mesa del madrileño Café de Oriente, esta revista congregó al obispo de Terrassa y presidente de la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades, **Josep Àngel Saiz Meneses**; a los rectores de los seminarios de Ciudad Real y Valladolid, **Pedro López de la Manzanara Núñez** y **Luis Javier Argüello García**, respectivamente; y a los formadores **Francisco Juan Martínez Rojas** (del seminario diocesano de Jaén y deán de la catedral de la capital jiennense) y **Juan Serna Cruz** (docente del de Ciudad Real). Los cinco compartieron sus diferentes puntos

de vista sobre una misma misión esencial de la Iglesia: la de cultivar y moldear la respuesta de unos candidatos dispuestos a entregar su vida al Señor y a los demás.

- En este Año Sacerdotal, si hay que mirar a algún sitio, además de a la vida del sacerdote, es al seminario.

¿Dónde poner el foco prioritario a la hora de formar a los futuros clérigos?

- Josep Àngel Saiz Meneses (JÀS): Hay cuatro dimensiones de la formación que ya son clásicas, recogidas especialmente en *Pastores dabo vobis*, que son la formación humana, espiritual, intelectual y pastoral. No podríamos decir cuál de ellas es prioritaria, porque las cuatro están mutuamente relacionadas. Muy importante es la formación humana del candidato que llega al seminario, porque vivimos en una sociedad muy secularizada, muy fragmentada, huérfana de referencias, y los jóvenes que llegan a los seminarios son admirables, valientes, generosos, sacrificados y dan un paso realmente muy loable. Pero a la vez son hijos de su tiempo y, por ello, hay que subrayar esta formación humana en orden a que adquieran la máxima consistencia personal, humana, psicológica, porque ése será como el chasis sobre el que se irá construyendo el edificio de su formación.

La formación espiritual: evidentemente, el sacerdote ha de ser un hombre de Dios y ha de ser un hombre de una profunda espiritualidad; no tanto de pequeñas devociones particulares, sino sobre todo de una espiritualidad recia y profunda. En el fondo, la persona espiritual es la que se deja mover por

el Espíritu Santo. Y, para llegar a esa sintonía, a esa docilidad espiritual, se requiere mucho tiempo de oración, de espiritualidad honda y madura, que también habrá que ir trabajando en el seminario, porque luego, en medio del ajetreo de la actividad, el sacerdote estará un poco a la intemperie del mundo actual, tanto si le toca estar en las diócesis rurales, en unos pueblos alejados, como en medio del asfalto de las ciudades. Hace falta también una fortaleza espiritual importante. Intellectualmente, ha de estar bien equipado, porque hoy día todo el mundo tiene acceso a la universidad, y en su trabajo pastoral tendrá delante personas de todo tipo y nivel cultural. Puede tener profesores de universidad, profesionales, y ha de tener un nivel para dar respuesta a los interrogantes que le presenten y sobre todo ha de dar razón de su fe y de su esperanza. Y, pastoralmente, hay también que moldear un corazón sacerdotal según las actitudes de Jesucristo Buen Pastor, que conoce, que conduce, que da la vida por las ovejas, que las congrega en la unidad y que también va a buscar a las perdidas.

Yo, cuando entrego un nombramiento a los sacerdotes al inicio del curso, les digo siempre que tendrán mucho trabajo, o bien porque muchas personas forman parte de la comunidad o vienen a la parroquia y generan mucho trabajo en el culto, la formación o la acción caritativa y social, o bien porque no vienen apenas, y entonces tendrán que ir a buscar a las personas y a evangelizarlas. Por lo tanto, deberán tener un corazón sacerdotal. En la carta pastoral de este año, subrayo tres aspectos: el celo evangelizador –siguiendo el ejemplo del **Cura de Ars**–, la centralidad de la Eucaristía y el ser padre de los pobres y necesitados.

- Francisco Juan Martínez Rojas (FJM): Tras 23 años como profesor en Jaén y Granada, cada día me preocupa más la necesidad de fortalecer la formación intelectual. Evidentemente, la formación humana, en esa dicotomía natural-sobrenatural que había en otras épocas,



J. Rubio, Pérez Pueyo, L. J. Argüello, P. López de la Manzanara, J. À. Saiz, J. Serna, Martínez Rojas y J. Vicioso



se ha superado. La formación espiritual está bastante conseguida en general. La pastoral también, ya que empiezan desde el seminario a tener esta experiencia. Sin embargo, en esta época de fragmentación, la Iglesia tiene dos grandes retos: el mundo de la marginalidad y la pobreza y el diálogo con la cultura. El nivel intelectual ha bajado en los últimos tiempos. Nuestros jóvenes vienen de la sociedad, son víctimas de un sistema educativo que va a mínimos.

Es necesario que, al igual que en otras épocas de crisis de civilización la Iglesia realizó una labor de conservación de la cultura, nuestros jóvenes de hoy hagan la misma labor, pero no sé hasta qué punto pueden hacerlo y no sé tampoco cómo nosotros podemos ayudarles a eso. Esa formación cultural y humanística que antes se adquiría en el seminario menor, no sé si hoy realmente se puede suplir a nivel institucional para hacer que tengan una mente estructurada, que estén al tanto de las corrientes intelectuales que son las que mueven la sociedad. Éste es uno de los retos más importantes, porque creo que en los otros, en general, se ha avanzado bastante.

– **Juan Serna Cruz (JS):** Quizá porque trabajo con los jóvenes de Bachillerato, que están en un momento muy especial de la adolescencia, pienso que el acento hay que ponerlo en la formación

J. À. Saiz preside la Comisión de Seminarios

humana. Los jóvenes que quieren pasar al seminario mayor y un día ser sacerdotes deberán tener unas virtudes humanas muy logradas, de libertad, de fidelidad a la palabra que dan, de compromiso con los valores a los que se consagran... Esto exige una humanidad muy tocada por la gracia, es decir, es una formación humana desde la formación espiritual. Es cierto que las dimensiones están siempre unidas. Ahora mismo, los jóvenes viven inmersos en una cultura en la que el trabajo y la responsabilidad no son lo que más se valora, y ellos tienen que tener unos valores ya no sólo cristianos, sino principalmente humanos. No sé si eso se está educando a otros niveles.

– **Pedro López de la Manzanara Núñez (PL):** Si tuviera que resaltar algo, diría que en tiempos recios se necesitan hombres y curas recios, íntegros. La dificultad hoy reside en una cultura predominante que nos marca a todos, y mucho más a los chicos que llegan al seminario. Por la edad, en su personalidad se incorpora el chip de lo temporal. Sucede luego en los matrimonios y también en la vida sacerdotal. Y hay otro inconveniente, que es el de tener poca gente. El riesgo está en acoger lo que sea y lo que nos viene, con el peligro de no tener testigos configurados con Jesucristo. Habría

que enfocar la cuestión en que sean personas equilibradas, íntegras, donde lo humano es la base para que pueda haber una vida de seguimiento a Jesucristo hombre como excelencia y que puedan tener una fidelidad que permanezca. Hay que trabajar las cuatro dimensiones referidas, pero la configuración de Jesucristo como hombre nuevo, integral, recio, que elijo confesando desde la fe. Un sacerdote de hoy no puede ser llevado por la marea de la cultura actual.

– **Luis Javier Argüello García (LJA):** Partiendo de una película de moda, preguntaría cómo conseguir que nosotros y las personas a las que acompañamos no vivamos el ser cura como un 'avatar', como una especie de cuerpo ectoplásmico que de alguna forma se toma para un rato y desde el que se quiere vivir. Uno de los grandes retos de la formación, aunque también de la evangelización, es ver que Jesucristo y su gracia tienen capacidad de abrir la mente y construir un sujeto. Nuestra propuesta para vivir es que el hombre es vocación. Eso luego hay que cultivarlo de una forma especial en el seminario. Se han citado las cuatro dimensiones, y subrayaría una quinta o una transversal a las cuatro: la dimensión comunitaria, sobre todo en una época en la que el individualismo es fuerte. El cultivo de lo comunitario es tanto para que el seminario sea presbiterio en gestación como para que los presbiterios sean en verdad una fraternidad y, además, para poder no sólo trabajar como quien colabora, sino para vivir en la Iglesia con los laicos y con los religiosos.

– **¿Cuántas realidades se viven en el seminario?**

– **JÁS:** La realidad que viven, fundamentalmente, es una, que consiste en la respuesta a la llamada del Señor que engloba toda su vida, y es el eje que la vertebrada. En el seminario reciben una formación del equipo de formadores y también van a la facultad. Los fines de semana van a diferentes parroquias, y también tienen sus familias y sus amigos. Pero hay una unidad que ha de vivir el futuro presbítero ya en el seminario. En su vida hay diferentes instancias de formación y diferentes ámbitos y personas que intervienen,



Francisco Juan Martínez Rojas y Juan Serna Cruz, formadores en Jaén y Ciudad Real, respectivamente

pero una realidad de fondo única, una única vida.

- **PL:** En mi seminario tengo trece muchachos de entre 20 y 25 años que se sienten vocacionados, no como una opción prioritaria, sino como una respuesta a la decisión de Dios sobre mí. Y eso hoy es un lujo. Que haya gente con esa edad que se sienta llamada es lo que configura todo lo demás. Hay chicos con esas edades que hacen carreras sólo para situarse en la vida. Pero el seminario no es para situarte en la vida, es la raíz de todo lo demás.

- **LJA:** Los ambientes son diversos, se vive en una comunidad formativa, se desarrollan las actividades pastorales en diferentes ámbitos. Luego cada uno tiene su familia, sus amigos, están en un mundo, los medios de comunicación entran y salen, las historias de la calle... Claro, el ideal es que todo eso sea vivido desde una misma unidad de vida, pero eso no se produce de forma mágica. A veces percibo que, según el sitio donde se esté, se coge el avatar que convenga. Sin embargo, la unidad de vida es clave, no para refugiarse, sino para poder ser presbítero; por ahora, seminarista.

- **JS:** Cuando uno está en el seminario, no está ajeno a la realidad. En el seminario no se está encerrado. Es más, el muchacho que está en el seminario y sigue el proceso educativo que se le propone tiene una capacidad de conocerse a sí mismo y de tomar decisiones mucho mayor que la que

pueden tener sus compañeros que están en el pueblo o en la parroquia y que estudian en otro sitio. No sólo no están fuera del mundo, sino que, además, están más adentro para poder tomar decisiones más sólidas.

- **FJM:** No se puede obviar que hay toda una serie de reclamos que, en vez de coadyuvar, hacen que cueste que haya una síntesis y una unidad. El obispo que me ordenó decía que un cura no es auténticamente libre hasta que no es capaz de meterse en su cuarto, echar la llave por dentro y dedicarse por completo a su tarea. Buscar esa unidad cuesta, porque hay muchísimos reclamos y, al final, te das cuenta de que esa síntesis vital y humana no se hace nada más que con la reflexión, el estudio y la soledad acompañada.

- **JÁS:** Erich Fromm presentaba la disyuntiva entre el ser o el tener, subrayando la importancia del ser frente a la superficialidad de construir la vida sobre el tener. En nuestro caso podemos hacer un paralelismo, que sería entre el ser y el hacer. Quien entra al seminario, está claro que no lo hace para acumular riquezas. Pero el sacerdote también ha de evitar el peligro de caer en un activismo sin sustancia que conlleva un peligro de dispersión, de superficialidad, de fragmentación. No se trata sólo de hacer muchas cosas, de llevar adelante muchos proyectos, aunque sean buenos. Hay que poner el énfasis en el ser: soy cristiano y soy sacerdote. Eso es lo fundamental. Yo soy sacerdote en todo

momento, y en todo momento me he de comportar como lo que soy: cuando celebro la Eucaristía, cuando educo en la fe a un grupo de jóvenes, cuando ayudo a los pobres, cuando confieso, rezo, estudio o duermo. Soy sacerdote de Jesucristo en todo momento, y eso es lo que me da una unidad fundamental.

- **PL:** La cultura actual nos envuelve. Aunque uno, intelectual y teóricamente, piense en esa integridad, de hecho, inconscientemente, no funciona, y esto nos condiciona de una manera tremenda. Nos condiciona a gente mayor, con más historial recorrido, así que mucho más a chicos con 20 ó 25 años, que, aunque expresen su decisión y su deseo de responder y seguir a Jesucristo, no se salen de este traje que tenemos todos puesto y que la cultura nos moldea. Ya lo decía **Juan Pablo II**. La sociedad en la que vive moldea al hombre. Eso influye, por mucha formación que estemos dando, por mucha vida espiritual. De hecho, los jóvenes salen ordenados, pero no se ha terminado todo si no hay una configuración y una decisión. ¡Todo eso es tan importante! Porque, a veces, pienso: este muchacho es fenomenal, es buena gente, pero mañana estará en una parroquia..., y antes el sacerdote estaba resguardado por su rol y por lo que significaba en el pueblo. Ahora es un muchacho más, un mozo a la intemperie. Todo eso es lo real, lo que se encuentra normalmente un muchacho.

- **En muchas carreras universitarias hay que hacer postgrados para enfrentarse a la sociedad y a la vorágine empresarial. Ahora se necesita un plus en la formación. El seminario no tiene esto...**

- **JÁS:** Los obispos somos conscientes y por eso fomentamos la formación permanente en la línea que nos marca *Pastores dabo vobis*. No todo acaba con la ordenación sacerdotal, sino que más bien todo empieza. El sacerdote hoy en día, como el cristiano, ha de vivir a menudo un poco a la intemperie y por eso hay que procurar permanente formación en el espíritu comunitario. Hay que irse adaptando a la realidad y a las situaciones tal y como se presentan. Pongo el ejemplo de la experiencia de Terrassa, una diócesis

nueva, que tiene seis años. Procuramos que los nuevos sacerdotes no vivan solos, sino que estén agrupados en torno a algún párroco más experimentado. Es mejor que entre varios atiendan varias parroquias pero que vivan juntos y compartan momentos de oración, de puesta en común, de convivencia. Por otra parte, yo me reúno cada mes con los curas ordenados en los últimos cinco años y tocamos temas de formación, de la praxis del día a día, de los problemas que se van encontrando en las parroquias... Pero el elemento más importante es la

convivencia con el obispo y entre ellos, además del compartir cosas, y muchas veces la mitad de la mañana es una tertulia abierta a partir de algún hecho y de situaciones, problemas, de cómo ir afrontando las dificultades... No se trata sólo de formación permanente en el nivel académico, sino de convivencia, de cómo se va viviendo el sacerdocio y avanzado en el trabajo pastoral.

- ¿No puede haber algo de prisa cuando está el problema de proveer parroquias?



LA ORACIÓN, ORIGEN Y META

DIEGO PASTOR PERONA
Seminario Mayor 'La Inmaculada' de Valencia

Toda vocación tiene un momento inicial. Para mí, fue el ver a un compañero de mi parroquia que nos anunciaba su partida para ser sacerdote en una congregación misionera. En este momento surgió una pregunta: ¿por qué no ser sacerdote?

Tenía 20 años, y la pregunta se clavó en mi mente. Había asumido que mi vida estaría encaminada hacia el matrimonio y, sin embargo, me encontraba de repente con una duda que me calaba hasta lo más hondo. Se acababa de prender la chispa de la vocación.

Una vez se inicia esto, sólo la oración puede hacer frente a estos sentimientos y dudas. Orar. En la oración lo vi claro: aquél que siempre había estado junto a mí, Jesucristo, me llamaba. No tenía muy claro cómo y de qué manera, pero había una alegría en seguirle. Lo compartí con mi párroco, y su respuesta me marcaría durante los siguientes años: *"Yo no quiero que tú seas sacerdote... lo que quiero es que descubras que vas a ser feliz el resto de tu vida siéndolo"*.

Dos años tardé en encontrar respuesta, en los que Dios me fue hablando desde la vida diaria y la oración. Fue muy importante en este proceso que desde los 18 años trabajara justo enfrente del Seminario Mayor de Valencia, en Moncada. Todas las mañanas, la imagen de la Inmaculada que se alza en lo alto de la fachada me recordaba que aún tenía una pregunta por responder. También aparecía el Crismón, uno de los signos de identidad de los Juniors, el movimiento en el que era educador, y me recordaba que el esfuerzo por transmitir la fe a los jóvenes me hacía feliz anunciando el Evangelio.

Otra luz en el camino han sido los sacerdotes que me han acompañado desde mi infancia. Hombres dedicados a servir a Dios y a llevar a la gente a Jesucristo desde la sencillez, desde la vida, desde el día a día. Su persona, su forma de vivir, de amar a la gente, de enfrentarse con valentía a los problemas cotidianos, me recordaban que había algo sorprendente en su forma de vivir que iba poco a poco poniéndose a mi alcance.

Si la oración fue el punto de arranque en mi vocación, también fue el punto fundamental para poder decir sí a la llamada. Llegó un punto en el que la pregunta había pasado a ser un problema existencial en todos los ámbitos de mi vida. Era una espina que no podía arrancar ni cuando salía con alguna chica. Oré con todas mis fuerzas, en mi trabajo me escondía para pedir a **Jesús** que me ayudara a ver lo que quería de mí. Una mañana no lo pude soportar más, subí al despacho de la dueña de mi empresa y solicité la baja porque era ya el momento de empezar a caminar en una nueva dirección. Empezaban los mejores años de mi vida, los más divertidos, y también la mayor aventura que había vivido.

Hoy estoy en 5º curso de Teología y el año que viene, si Dios quiere, me ordenarán. En ocasiones, el camino ha sido, y aún es, duro, pero en el encuentro profundo de la oración, de la acción de gracias a Dios, encuentro las fuerzas que me animan. Es la figura de Jesús la que tengo siempre delante, la que marca mis pasos, y es Él quien dicta el ritmo de mi vida. Él es el Señor de la historia, y ¡que historia la nuestra cuando dejamos que sea Él el que la lleve!

- JÁS: En este sentido, la prisa es mala consejera. Me parece mejor que un sacerdote atienda dos parroquias y llegue donde pueda con la ayuda de los laicos, a querer tapar todos los "agujeros" y precipitarse en las ordenaciones. Las prisas y las urgencias son malas consejeras, y no debemos caer en esa tentación. Como prioridad, más que completar el organigrama diocesano y cubrir todos los huecos, lo más importante es la persona concreta del sacerdote recién ordenado y hay que procurar ayudarle a que crezca y madure en su vida sacerdotal.

- PL: En general, un seminarista termina con 24 ó 25 años. Difícilmente, haya gente que se case con esa edad. Hoy no es igual que hace treinta años, cuando la gente se casaba con 18-20 años, cuando era gente que estaba más hecha por la vida misma. Hoy hay gente con 30 años realmente inmadura, y ya han terminado sus estudios, han hecho el curso de pastoral, dos años más, etc. Eso no es cuestión del obispo, es cuestión de la Iglesia. Igual que los jesuitas, tienen tiempos y tiempos hasta que salen...

- JÁS: Ahora la formación es más dilatada. Primero está el curso introductorio, que es un año propedéutico, de discernimiento; luego viene el ciclo institucional, con la Filosofía y la Teología, y después la etapa pastoral. Antes, a finales del último curso, eras ordenado de diácono, y en el mes de julio siguiente, de presbítero. Ahora la etapa pastoral que se vive en las parroquias es un acierto. Pensad que imponer las manos es una responsabilidad muy grande para un obispo. Por ello, no debe haber prisas jamás. La prioridad está en las personas y la atención pastoral.

- JS: Va a hacer diez años que me ordenó don **Rafael Torija**, y hay cosas para las que, por mucho que te preparen los formadores en el seminario, por muchos cursos o instrucciones que recibas, no te puedes preparar. Es decir, para la primera confesión no te puedes preparar, por mucho que hayas estudiado moral. Hay cosas con las que antes o después tienes un choque.

- FJM: Pero ésa es una sensación que sigues teniendo después de veinticinco

años, como los que hago yo ahora. Día que te levantas...

- **JS:** Por eso digo que hay siempre un salto, porque el sacramento imprime en ti un salto ontológico. Ahí es verdad que luego estás preparado, porque te han educado y te han ayudado para eso.

- **JÁS:** A pesar de todo, hay unos mínimos que tienen que garantizarse.

- **Hay pocas instituciones en la sociedad que tengan los resortes de formación que tiene la Iglesia...**

- **JÁS:** Lo nuestro no es el voluntariado de una ONG, que se hace por unos meses o años. Tampoco es una profesión por la que entras a una empresa o institución y trabajas unos años, luego te vas a otra... El sacerdocio es toda una vida, y ese efecto ontológico es para la eternidad. Ciertamente, los tiempos actuales tienden a la superficialidad, a la separación de la socialización cultural y la religiosa, en un ambiente cada vez más secularizado. Hemos de preparar a los candidatos que llegan y hemos de acompañarlos. Pero todos los muchachos que entran hoy en el seminario me parecen admirables, por dejarlo todo y seguir la llamada del Señor. Sin embargo, después encontrarán un ambiente, por lo que, por nuestra parte, hemos de incidir en la formación humana, intelectual, espiritual y pastoral, propiciando personas muy sólidas y consistentes en todos los aspectos. Finalmente, habremos de encomendarnos al Señor. En este sentido, esa dimensión de participar en el presbiterio como familia diocesana y de acompañar es muy importante. Es decir, el obispo ha de preocuparse de todos los seminaristas como en una familia, donde tiene que haber un ambiente de cariño, de fraternidad sacerdotal y de colaboración. Todo esto supone mucho más que preparar para una profesión, para un trabajo; es una tarea más compleja y más difícil. Afortunadamente, el Señor con su gracia nos sostiene a nosotros y a la Iglesia, pero la situación actual tan cambiante genera nuevos retos a los que hay que dar una respuesta.

- **El miedo a los seminarios vacíos que, después del Concilio, llevó a tener que arrendar los edificios, ¿no puede estar haciendo que echemos mano no ya de**



El periodista Jesús Vicioso con el secretario de la Comisión Episcopal de Seminarios, Ángel Pérez Pueyo

los movimientos, sino de otra manera de entender el sacerdocio que a la larga incida negativamente en lo diocesano? Hablamos de gente que entre sin referencias, sin preparación...

- **JÁS:** En el seminario de Terrassa, que todavía es muy reciente, procuramos trabajar una espiritualidad sólida y también ir moldeando un corazón sacerdotal. Éste es un trabajo profundo y de recorrido largo y continuo. Pero a la vez hay dos detalles que tenemos especialmente en cuenta: no bajar, o incluso subir, los niveles académicos y, lo mismo, los niveles de normalidad psicológica. Éstos hay que mantenerlos elevados. La falta de vocaciones no puede llevarnos a dar entrada a cualquiera al precio que sea. La acogida tiene que ser generosa y amplia, pero nunca rebajando esos niveles. Creo que va bien ser abiertos y acogedores al principio, pero los primeros años han de ser unos filtros muy serios. Si se percibe en algún caso que ése no es su camino hay que orientarle hacia otras direcciones. No se pueden bajar los niveles de exigencia, porque es mejor que haya menos presbíteros, pero que sean vocaciones auténticas y bien formadas. En cuanto a la procedencia, eso es muy libre. Cada obispo en su diócesis verá cómo tiene que resolver la cuestión. Pero si hace unos cuantos siglos España evangelizó América, no es extraño que, al paso que vamos, de América vengan a evangelizar amplias zonas de Europa. Pero las soluciones se han de buscar con mucha reflexión

y seriedad, fundamentando bien esa construcción del futuro. La clave principal está en la Pastoral Juvenil y la Pastoral Vocacional.

- **FJM:** No se puede canonizar ninguna forma de seminario. Todos tenemos en las diócesis unos seminarios que son de los años 40-50. Y estamos hartos de oír que la gente hable de cuando salían cuatrocientos o quinientos sacerdotes, y ahora diez... No hay que tener nostalgia del pasado ni tampoco temer de cara al futuro; para eso está la historia. Precisamente, estamos celebrando el Año Sacerdotal en el 150º aniversario de la muerte de san **Juan María Vianney**, quien pisó el seminario lo mínimo, ya que tuvo un cura que le acogió, le dirigió, le dio clases. Otro ejemplo es el de san **Juan de Ávila**, que estudió en Alcalá un poco por libre y poco más.

- **LJA:** Los seminaristas vienen de esta sociedad y de esta Iglesia para ser ordenados presbíteros y ser enviados a esta sociedad y a esta Iglesia. A esta sociedad, con sus situaciones de posibilidades y también de inmadurez, sus limitaciones y lo que se quiera decir. A esta Iglesia, con una pluralidad de movimientos, de realidades, de procedencias incluso étnicas de la gente que participa en la Eucaristía. No se trata, simplemente, de cómo en el seminario lo sobrellevemos, sino de caer en la cuenta de para qué tipo de sociedad y de Iglesia es para la que trabajamos. A mí no me preocupa esto. Me alegra que la gente venga de diversos movimientos y me entristece

que haya movimientos que tengan seminarios propios. Desearía que el diocesano fuera verdaderamente presbiterio en gestación, para que los que proceden del Camino Neocatecumental, de la Renovación Carismática, de algún grupo de Acción Católica o de otros grupos de las diócesis; o un chico –o no tan chico– que llega, podamos participar juntos de una experiencia que haga que luego, en el presbiterio, nos reconozcamos unos a otros, y no que uno sea el presbítero de mi grupo u otro sea el de mi sección. El asunto es cómo ser verdaderamente signo de unidad y poderlo ofrecer. Igual que debemos, por otra parte, ser signo de madurez en medio de gente que vive el sufrimiento, cómo estar ahí en medio y poder ofrecer un poquitín de consuelo y algo de esperanza. El seminario tiene el reto de preparar para esto. Que la gente que está en nuestras comunidades es gente que viene de procedencias, o de historias, o de inmadureces, pues ¡bendito sea Dios! Al fin y al cabo, eso es evangelizar. Ahí está el gran reto

formativo. Y puedo alegrarme mucho de que pueda haber alguien que haya estado en una congregación carismática o que, incluso siendo del Camino Neocatecumental, no haya ido a un Redemptoris Mater, sino que ha venido al diocesano, y juntos apasionarnos por lo esencial. No te voy a decir que abandones la comunidad neocatecumental o que dejes de alabar al Señor levantando las manos, pero la espiritualidad del sacramento es la Espiritualidad con mayúscula, y ésa es la que estudiamos en el seminario. Las otras espiritualidades son benditas y necesarias, pero tienen que ser leídas desde la 'E' mayúscula.

El asunto es que de verdad caigamos en la cuenta de que unos presbíteros y otros somos de un único presbiterio y estamos vinculados desde el mismo día de la ordenación a un único obispo y a sus sucesores y a ver cómo todos juntos vivimos ahí. Porque la Iglesia es así.



UN INSTRUMENTO DE DIOS

IVÁN LLOVET ROMERO
Seminario de Cádiz

Quiero ser sacerdote porque siento que Dios me llama para ello. Ésta es la razón fundamental por la que estoy en el seminario. Sentirme llamado es sentir un gran deseo e impulso en mi interior, que me lleva a entregarme totalmente a Dios y a los demás y que reconozco que no es mío, ya que he intentado apagar y olvidar este impulso en varias ocasiones y no he podido. Ahora sé que es algo que viene de Él.

Esta llamada de Dios es la que me ha hecho emprender este camino de formación (ya estoy en el 4º año de Seminario) y soñar con el día de mi ordenación y envío sacerdotal. En mi vida personal y en la de muchos de mi alrededor, he constatado que Jesucristo es fuente de vida, y que en su mensaje está la clave de la verdadera felicidad y realización del ser humano. Por esto, *quiero y deseo ser un instrumento de Dios* para hacerlo conocer y ayudarle a hacerse presente en medio de la sociedad a través del amor y de los sacramentos. *Ser sus manos* que partan y repartan el alimento de vida a todos los hombres y mujeres hambrientas y desilusionadas; y acompañen a personas enfermas en los momentos de dolor y sufrimiento. *Ser sus pies*, para estar presente entre sus hijos, en sus pueblos, calles y casas, y, *siendo sus brazos*, abrazar a aquéllos que se sienten alejados de Dios. *Ser su voz*, para alentar y animar la esperanza de tantos desesperanzados... En definitiva, configurarme lo máximo con **Jesús** para ser *alter Christus*, otro Cristo, enseñando y anunciando el amor y la compasión de Dios por todos sus hijos: creyentes y no creyentes, cristianos y no cristianos, cercanos y alejados, los que se sienten limpios y los que se ven manchados...

Ésta es la razón por la que cada mañana me levanto con ganas de responderle al Señor un nuevo Sí y pedirle que me ayude a serle fiel, al mismo tiempo que le agradezco este magnífico regalo, que aún intento comprender y asimilar, pero que no cambiaría por nada, pues me colma de felicidad.

– **FJM:** Los seminarios tienen que ser capaces de ilusionar y entusiasmar a la gente, sabiendo que estamos en una época difícilísima, en una sociedad difícilísima, refractaria a lo religioso, donde el clero ha perdido ya todas las prerrogativas y las preeminencias de otras épocas y que han tenido nuestros mismos compañeros de presbiterio que ahora son mayores. Y, muchas veces, los seminarios de movimientos son capaces de suscitar que esto sea muy bonito, y en los nuestros parece que tengas que decirle a la gente que no nos está haciendo un favor, que el favor lo tienen ellos porque el Señor les ha elegido para una misión bellísima. Muchas veces noto esa diferencia.

– **JS:** Hay una pregunta aún más clave, que es qué está haciendo nuestra Iglesia a nivel de Pastoral Juvenil y de Pastoral Vocacional. Es decir, cuando preguntamos de dónde vienen los seminaristas, la pregunta es qué tipo de iniciación cristiana estamos haciendo a nivel parroquial que despierte o no vocaciones.

– **JÁS:** El Espíritu Santo suscita carismas y vocaciones a lo largo de la historia de la Iglesia, desde el monacato hasta, ahora, los nuevos movimientos, que son una muestra de la exuberancia de vida de la Iglesia, y este fenómeno no es de ningún modo algo negativo. Lo que pasa es que han de entroncarse debidamente en las Iglesias locales. Hay nuevos movimientos que tienen una gran vitalidad y que propician unas conversiones y una vivencia de la fe que en la pastoral ordinaria parroquial y diocesana cuesta. Por eso toda la pastoral de las parroquias también se ha de plantear en clave evangelizadora. En lugar de caer en la crítica entre parroquias, comunidades religiosas y movimientos de Iglesia, lo importante es trabajar unidos, porque todos tenemos dificultades, y ayudarnos a mejorar los distintos ámbitos de trabajo pastoral. La pastoral juvenil muchas veces se puede convertir en un mero entretenimiento de los jóvenes. Es positivo que los jóvenes dediquen el tiempo a las dinámicas de grupo, a trabajar los valores, a organizar encuentros de todo tipo. Pero hay que profundizar más, no nos podemos conformar con entretenerlos y formarlos

en un nivel humano. Como tampoco es suficiente ofrecerles sólo actividades de tipo social, porque para eso ya se apuntan a una ONG.

El sacerdote que trabaja con los jóvenes no puede conformarse con ser una especie de asistente social o un gestor cultural o de valores. Ese es un nivel importante, ciertamente. Pero ha de ir más allá, ha de ser un profeta, un hombre de Dios, un hombre de lo sagrado. El objetivo de la pastoral juvenil es propiciar en el joven un encuentro con Cristo que transforme su vida, que le cambie el corazón y que le ayude a vivir en cristiano, a ser un hombre de oración y de vida espiritual, y a ser comprometido con el mundo.

Ese joven es el que, llegado el momento, se preguntará qué hace con su vida, qué proyecto sigue. Será entonces cuando se plantee su vocación, ya sea al matrimonio, la vida consagrada o al sacerdocio. Pero un joven que no tiene vida de fe, que no medita la Palabra de Dios, que no participa en la Eucaristía, que no recibe un acompañamiento espiritual, difícilmente se hará estas preguntas. La pastoral vocacional no es la especialización de unos equipos de gente que se dedican a sacar vocaciones y a llenar los seminarios. Se trata de ayudar a los niños y jóvenes a crecer en su vida de fe, a madurar en su seguimiento de Cristo y a responder a la llamada de Dios. Si nosotros formamos bien a los niños y a los jóvenes, y ellos viven y maduran en su fe, ya sentirán esa llamada de Dios. Nosotros sólo hemos de ayudarles a discernir. La pastoral vocacional es como una dimensión transversal que ocupa toda la pastoral, porque todo cristiano ha de descubrir su vocación. Hemos de ayudar a todo joven a descubrir su vocación buscando la voluntad de Dios.

- Con el déficit actual de fe, con las familias desestructuradas, con un porcentaje creciente de familias donde la fe está ausente, con una escuela que ya no es un lugar donde escuchen el primer mensaje... Éste es un problema que hay que asumir cuando llega el joven y quiere hablar del tema.

- PL: La escasez es un riesgo muy grande en todos los aspectos de la vida. En este caso, también. Estoy de acuerdo



con el obispo en que si antes Europa evangelizó América, América puede evangelizar Europa. Pero los modos que se están realizando a veces no son los correctos. Que vengan sacerdotes de América a evangelizar, gente sin referencias, es muy peligroso. Eso es pan para hoy y hambre para mañana. Yo estuve cinco años en América, y a mí me han llamado varias veces como rector, pero yo he dicho: de obispo a obispo. En ese caso, puede ser que el obispo acoja para una formación aquí en España, pero porque tengamos necesidad de tener un seminario con más o menos gente... A no ser que estén integrados en España, en una parroquia. Habría que decir: ¿en que parroquia estás, te conoce el párroco...? Es él quien te tiene que presentar porque te conoce, alguien que pueda ser tu aval.

- En ese sentido, ¿qué es en lo que más hay que incidir?

- PL: Para mí, la cuestión fundamental hoy es la iniciación cristiana. No se puede concluir una iniciación cristiana sin que el chico se plantee: ¿qué quieres de mí?, pues ser cristiano es saberse soñado, amado y creado por Dios para algo. Un muchacho tiene que preguntarse qué quiere Dios de él.

- LJA: Todas las diócesis españolas y europeas se plantean esto de la iniciación cristiana. Repasas los planes de pastoral, y ahí está el asunto. Pero, de hecho, ¿quién está haciendo iniciación cristiana? Como acontecimiento real, los movimientos, que, con sus luces y sus sombras, ofrecen una experiencia integral de

Iglesia, de familias, de estar en su propio seno; en muchos de ellos, matrimonios con sus hijos, nuevas formas de vida consagrada, algún presbítero. Las estructuras diocesanas viven en medio de esta gran transición de una Iglesia implantada en la sociedad, en la que tenía una parroquia en cada pueblo, a una nueva forma de estar presentes con el deseo de evangelizar. Los movimientos están ya en la nueva orilla y, a veces, se desentienden de la carga histórica que una Iglesia diocesana tiene que acoger de la otra orilla. El asunto es que nosotros estamos convocando a personas que vienen de donde vienen, de una y otra orilla de esta gran transición, para luego enviarles a cuidar todo el tinglado de ver cómo seguir manteniendo todo lo que tenemos, todos los organigramas. Por ejemplo, en un movimiento, mucho de lo que es organigrama en una Iglesia diocesana se vive desde la propia realidad del ser cristianos: el cuidado de los enfermos, la solidaridad con los pobres, la comunión... Entonces, creo que a la mayoría de nuestras Iglesias diocesanas, incluida la Conferencia Episcopal, nos sobra organigrama, hay excesiva parcelación. Como una parcelación extraordinaria de sectores pastorales porque tenía que ser así y, seguramente, tenga que ser así. Pero hoy, desde una iniciación cristiana bien planteada, el asunto de la caridad no es un asunto sólo de especializados. Y luego, en el ámbito de la caridad, la pastoral penitenciaria, la de la salud, la de los gitanos...

- **JÁS:** Pero los nuevos movimientos tienen que integrarse e injertarse tanto en lo que es la pastoral diocesana como en la parroquial. La parroquia es la comunidad cristiana local, y las realidades de los movimientos que hay en una parroquia tienen que coordinarlas las parroquias, para lograr una "comunidad de comunidades". Lo mismo a nivel diocesano. Tiene que haber un esfuerzo de conversión en las dos direcciones. A veces no fácil. Ahora bien, la parroquia no está caducada, no está pasada de moda. Lo que pasa es que quizás hay que redescubrir su dimensión evangelizadora. ¿Cuál es el problema? Pues que, en un nuevo movimiento, hay calor familiar, comunicación directa, el formar parte de una comunidad más reducida en que todos conocen a todos y te sabes los nombres de todos. Hoy, en una Ultreya de Cursillos de Cristiandad o en una Comunidad Neocatecumenal o un grupo de Renovación Carismática o de

Comunión y Liberación de a lo mejor 50 ó 100 personas, todos son amigos de todos y comparten muchas cosas. Pero en una parroquia de veinte mil habitantes en que unos dos mil van a misa, por poner un ejemplo, a lo mejor le das la paz al que tienes al lado y no lo conoces de nada. Por lo tanto, la parroquia, que es la gran comunidad, tiene que articular también distintos ámbitos y niveles para que se pueda vivir esa dimensión de comunidad cristiana que es tan necesaria y que es la estructura básica de la Iglesia. Hoy hay que redescubrir la parroquia como agente principal de evangelización, es decir, que todo el planteamiento parroquial ha de ser evangelizador. La catequesis, los bautizos, el despacho parroquial cuando llega una persona a pedir una partida de bautismo y hace quince años que no ha pasado por la parroquia... Esa entrevista breve tiene unas posibilidades evangelizadoras importantísimas. A la salida de misa, si ese día viene gente

que no es habitual, hay que saludarles, preguntarles quiénes son y acogerles. Ésta es la dimensión que quizá se había perdido y hay que ir recuperando. No es imposible que las parroquias puedan ofrecer ese calor de familia y de hogar que dan los nuevos movimientos, pero supone una reconversión, un redescubrimiento. Las parroquias, por su misma esencia, tienen que hacerlo también.

- **Y, además, hay una realidad de la vida parroquial: que ofrece una cercanía en el territorio a mucha gente que sólo pasa por allí.**

- **LJA:** Volviendo al seminario, un reto grande de la vida del seminario es cómo un seminarista, futuro presbítero, tiene que valorar mucho la cercanía de un movimiento y el poder tener alguien con quien compartir la fe cara a cara, pero querer mucho también a alguien que quizá sólo viene porque, por ejemplo, se ha muerto su abuela. Eso lo ofrece la realidad de la parroquia, lo que podríamos llamar -y lo digo en el sentido más noble y mejor de la expresión- los "servicios religiosos". Por otra parte, la parroquia tiene algo único y que es lo que constitutivamente la mantiene -y ojalá supiéramos convocar también a esto a las realidades de los movimientos-: la pila del Bautismo y la mesa de la Eucaristía del domingo. Eso sólo lo tiene la parroquia. Al final, las conversiones que son más bien movimiento hay que llevarlas -y no lo digo sólo por la exigencia física o canónica- a la pila del Bautismo. Hoy, este combate que hay entre pascua semanal y fin de semana, por decirlo así, es una de las claves de la vida. Y si en la Eucaristía del domingo pudieran encontrarse también los que están vinculados personalmente, que son los movimientos, y los que están vinculados territorialmente, que son los que viven en una parroquia, pues ¡bendito sea Dios! Desde el punto de vista del seminario, a mí me preocupa que un seminarista pueda vivir con cordialidad la relación con el movimiento.

- **JÁS:** Pero el problema del encaje de los nuevos movimientos es el mismo que con los colegios cuando hay una escuela católica en el término



¡EL SEÑOR TENÍA UN PLAN PARA MÍ!

RICARDO SANJURJO OTERO
Seminario de Santiago de Compostela

Mi primer contacto con esto de la fe lo tuve en la familia, especialmente a través de mi abuelo materno, un santo. Pero... bueno, he de confesar que durante mucho tiempo estuve alejado de la Iglesia. ¿Por qué? Porque, a pesar de que había tenido una educación cristiana, pasaba bastante del tema.

Yo iba a mi rollo: mis colegas, mi novia cuando la tenía, mi música, el equipo de balonmano en el que jugaba, las clases... Feliz como una perdiz. Y la fe... Sí, bueno, creía en Dios, o algo así. Pero no creía en la Iglesia ni en los curas.

Lentamente, sin darme cuenta, mis prioridades fueron cambiando. De pronto, ya no había tiempo para el grupo, ni para el equipo. Todo era la parroquia: coro, catequesis, jóvenes... De pronto, entre mis amigos, había más gente del grupo de jóvenes que los que eran de clase.

Me sentía bien. Estaba haciendo lo que quería: había llegado a la Universidad y estaba estudiando lo que desde siempre había querido estudiar: *Teleco*. Y ahí estaba: amigos, novia, estudios, parroquia... Todo muy cristiano. ¡Hasta me creía alguien!

Pero, aunque todo iba bien, algo se movía aquí dentro. Tenía esa sensación de que sabes que todo va bien, pero que, en el fondo, te falta algo que no sabes qué es. Y me rebelaba contra mí mismo: no podía ser así. Poco a poco, fui comprendiendo eso de la vocación. ¡El Señor tenía un plan para mí! Curiosamente, esos planes no era los mismos que yo había diseñado tan cuidadosamente. Y, en cierto modo, Dios no te va a dejar en paz hasta que se cumplan. Puedes negarte todo lo que quieras, pero Él va a seguir insistiendo.

Puede que te digas: "¿Yo? Si yo no soy precisamente un santo". Yo tampoco. Porque no importa cómo seas, Él te ama y te dará la gracia necesaria para cumplir el proyecto que ha diseñado para ti. El mío, aunque yo me lo negara durante tanto tiempo, era éste, el del sacerdocio. Ya llevo cinco años en el Seminario y todavía no me he arrepentido.

parroquial. La coordinación y los encajes son siempre complicados, pero la gran urgencia de todos es la evangelización. Yo preguntaba recientemente a unos seminaristas qué ejercicio del ministerio sacerdotal es el que más se corresponde a lo que era el día a día de la vida pública de **Jesús**. La respuesta fue: el párroco. En la materialidad del día a día, Jesús formaba a los apóstoles, predicaba a grupos grandes, a multitudes, curaba enfermos, estaba con los niños, con los ancianos, tenía sus diálogos con los doctores de la ley, atendía también a los más sencillos... La pastoral parroquial es la más variada y completa de todas: atiende a niños, jóvenes, mayores, a gente cultivada, a gente no cultivada, enfermos, sanos...; y ésa es la gracia que tiene la vida de la parroquia, que es en el fondo la que requiere más registros y capacidades personales.

- A todo obispo le ha preocupado siempre el seminario. La cercanía del pastor de la diócesis es fundamental. ¿En qué tienen que trabajar los obispos ahora respecto a los seminarios?

- FJM: A modo de anécdota, cuando yo tenía 17 años, don **Miguel Peinado**, mi profesor de Religión, al que yo luego sucedí como canónigo archivero en la catedral, me preguntó que si yo había pensado alguna vez en lo del sacerdocio. Yo le dije que sí. Y me dijo: "Vamos a ver al obispo". Y, entonces, el obispo tenía una libreta en donde nos apuntaba a todos.

- JÁS: Desde el conocimiento directo y del trato con mis hermanos en el episcopado, puedo afirmar con rotundidad que los seminarios son la niña de los ojos de todos los obispos y el corazón de la diócesis. Así lo vivimos todos. Después, depende del tiempo, de las prioridades pastorales, de los temperamentos, de las agendas... Yo puedo explicar cómo intento llevarlo a cabo en mi diócesis, que es de nueva creación, porque tiene cinco años y medio y cuyo seminario se creó en el año 2006. Allí, yo los conozco a todos por su nombre, y antes de entrar en el seminario, a veces he podido hablar con ellos. Al ser una diócesis tan joven y un seminario también tan reciente,



Pedro López de la Manzanara y Luis Javier Argüello, rectores de Ciudad Real y Valladolid, respectivamente

procuro cuidar al máximo esa relación y encontrarme con ellos al menos una vez a la semana, o bien porque voy al seminario o porque vienen a la escuela de plegaria que tenemos una vez al mes con jóvenes en la catedral, etc. El hecho de poderlos saludar por su nombre les hace sentirse cerca del obispo y les da un tono de familia. Son detalles pequeños que hay que cuidar como hay que cuidar los grandes detalles. Me parece que esta cercanía es importante, porque el obispo es padre y pastor, no es el gestor máximo de la institución. Entonces, hay que combinar el respeto con la confianza. Y eso es muy positivo. Ahora bien, también yo entiendo que eso depende de edades, temperamentos, a veces magnitudes de las diócesis o del trabajo, y es complicado. Pero sí que os puedo decir que a todos los obispos la cuestión del seminario, igual que la pastoral vocacional, les preocupa mucho, ponen mucho cariño y que todos hacemos lo que podemos. Cuando yo era obispo auxiliar de Barcelona y me preguntaban por cuáles eran mis prioridades pastorales, yo siempre decía que, como sacerdote, siempre he tenido dos prioridades: la nueva evangelización y los pobres y más pequeños y sencillos. En el tiempo de obispo auxiliar, hubo una tercera prioridad que pasó por delante de las otras dos anteriores: el cuidar a los sacerdotes. Me di cuenta de lo importante que era esa tarea. Lo más

importante es cuidar a los sacerdotes, a los seminaristas y que el presbiterio diocesano sea de verdad una familia donde reine el respeto, la confianza y el cariño; es lo sustancial, y eso tiene una fuerza, repercusión y eficacia pastoral enorme. Esto no quita para no cuidar también a los jóvenes, a los marginados, y al resto de la comunidad diocesana.

- Inmersos de lleno en una época de cambios, de crisis económica y social, ¿hay también crisis en las vocaciones? ¿Qué dificultades se encuentran en los seminarios de esta nueva sociedad?

- JÁS: El año pasado había 1.223 seminaristas mayores y este año 1.265. Hemos subido 42 seminaristas en un año, en el que se ha producido un repunte después de nueve seguidos bajando. ¡Ojalá se consolide! Yo siempre digo que hoy día no hay crisis de vocaciones, sino de sordera, porque la palabra vocación viene del latín, "vocare", y significa llamar, y quien llama es Dios. Si Dios dejara de llamar, sí habría crisis de vocaciones. Pero el Señor sigue llamando. Lo que ocurre es que hay tanto ruido ambiental y tanto ruido interior en los jóvenes que no pueden escuchar su llamada. Hemos de ayudar a los jóvenes a evitar o a superar el ruido ambiental externo e interno, hacer silencio en sus vidas, hacer silencio, oración, y entonces podrán escuchar la llamada que les hace el Señor.

- PL: En otros momentos de nuestra historia no era tan necesaria la

mediación de la llamada. Hoy no hay crisis vocacional, en cuanto a que Dios sigue llamando a pastores según su corazón. Hay esa mediación... El seminario no tiene que ser solamente la niña de los ojos del obispo, sino también de la diócesis, empezando por los curas, porque, si no, no hacemos nada. En el seminario no surge la vocación normalmente. Es un pantano que coge agua de los distintos ríos que son las parroquias, los movimientos, etc. Mediar la llamada hoy es importante, porque hay sordera. Antes a lo mejor podía surgir fácilmente del corazón de un joven o de un niño. Hoy, como no se lo diga el cura, el catequista, el padre, el maestro, la madre..., es muy complicado. No solamente interés –en nuestro caso, el obispo vive con nosotros–, a nosotros nos preocupa continuamente que los sacerdotes de nuestra diócesis miren al seminario no sólo con nostalgia, sino con futuro, porque el seminario es el sacerdocio en gestación, el embrión del presbiterio. Hoy, como no llamemos nosotros, el obispo el primero... “¿Te has plantado si Dios te llama, si te está invitando a esto...?”. Aunque te diga que no, pero por lo menos que no se vaya de esta vida sin preguntarse si alguien le llamaba, porque hoy no se dice.

– **FJM** La circunstancia es que nadie se lo plantee. Yo recuerdo que el 22 de noviembre, en la procesión de despedida de la patrona de la diócesis, estaba animando a dos acólitos. Y me preguntaron que qué les estaba diciendo, y dije que es que hay que decirlo, porque si no se lo dices... Llevan los ciriales, te ayudan en la misa, pero no se lo plantean.

– **PL**: Porque antes comentábamos que no se plantea la vida pasivamente, en el sentido verdadero del término, es decir, que no he sido llamado a la vida de vocación. Todo es proyecto, “yo decido”, “yo voy a hacer una carrera”, etc., pero no se responde a nada. Y es fundamental que, después de la iniciación cristiana, uno se plantee, desde esa perspectiva, que si tú estás en la vida es porque alguien te ha llamado... Es esencialmente vocacional: no es que tienes, es que eres. Eso, de alguna manera, hay que decirlo desde pequeños. Y luego plantear la cuestión: ¿tú has pensado ser cura? Como no lo planteemos así, nadie se lo va a plantear.

– **JS**: Estoy de acuerdo en que no hay crisis de vocaciones, sino que no se escucha, que hay mucho ruido. Pero me

parece mucho más preocupante el que no haya materia prima, en el sentido de que si tenemos muchos niños en Primera Comunión, algunos adolescentes en Confirmación, algunos grupos de jóvenes, pero si no estamos haciendo la iniciación cristiana que decíamos antes, si no estamos planteando un crecimiento cristiano en clave vocacional –no sólo sacerdotal, sino vocacional de la vida en vocación–, no pueden surgir vocaciones al sacerdocio. Para mí, esto es básico. No sé si la crisis de vocaciones es crisis de jóvenes cristianos. Pongo el caso de Ciudad Real: el ambiente que tenemos a nivel pastoral juvenil, donde se están haciendo cosas muy interesantes y que por lo que sea no acaban de cuajar, gracias a Dios, hay 15 seminaristas en el mayor y 38 muchachos en el menor.

– **LJA**: Sobre los números, a la hora de ver si son muchos o pocos, hace falta saber desde qué orilla miramos, porque, si miramos hace cincuenta años, nos parece que nuestros seminarios tienen poquísima gente. Si miramos la nueva situación de la vida de la Iglesia, y desde luego con un deseo grandísimo de que haya más gente, el decir que en la Iglesia española haya cerca de 1.300 personas que dicen en medio de esta sociedad querer ser testigos de Jesucristo y de su misericordia y entregarse para toda la vida, es una bendición.

– **El lema del Día del Seminario de este año es *Una vida apasionante. ¿Cómo se vive esta tarea tan importante de la formación de los futuros sacerdotes?***

– **JÁS**: Mi vida como sacerdote presbítero y ahora como obispo es apasionante, desde luego, y muy feliz. Eso no significa que no haya contratiempos, problemas, dificultades y cruz. Yo siempre digo a los colaboradores que para cada problema hay una solución; la cuestión es encontrarla, pero que no pasa nada, no hay que agobiarse. La verdad es que mi vida me resulta apasionante, es feliz, y nuestro Señor Jesucristo me llena totalmente. Yo entré al seminario muy pequeño, porque con 8 ó 9 años ya quería ser cura, y sigo en esa línea, en esa dirección, que cada vez se confirma más con el paso de los años. Creo que si nosotros somos mínimamente generosos con el Señor,

UNA GOZOSA AVENTURA

SANTIAGO MARTÍN CAÑIZARES
Seminarista mayor de Zamora



¿Por qué ser, o por qué querer ser sacerdote? Una pregunta típica para una “profesión” bastante menos típica en los tiempos que corren. Igual da hacerla a un sacerdote mayor que a uno joven, de éstos que están en la cuarentena o incluso en la treintena de años, o a algún seminarista que sólo haya vivido un cuarto de siglo –como es mi caso–; las situaciones personales y sociales serán diversas, pero la motivación, la misma: la experiencia de Dios, de su amor y de su perdón.

Sólo podemos responder de una forma a tan acusada pregunta: porque el Señor así lo quiere; yo no he elegido este camino, lo ha decidido el Señor por mí. Esta actitud de entrega a la voluntad de Dios es la clave de todo seguimiento de Cristo, y que, no sin dudas e infidelidades, siento que es lo que da sentido a mi vida. La confianza y la opción por el camino que Él tenía elegido para mí han resultado ser una gozosa aventura. Aventura, porque cada día se despliega ante mí como un abanico de posibilidades de transmitir el Evangelio a los otros, desde la oración, la escucha o la ayuda a los olvidados de la sociedad. Y gozosa, porque sólo el creador de mi corazón sabe cómo puede llenarlo.

Así, desde que empecé siendo monaguillo y catequista en mi parroquia, hasta hoy, a las puertas de la ordenación, mirando hacia atrás, veo todo ese tapiz de gente, situaciones y pequeñas decisiones que me hacen comprender junto a otros jóvenes –o no tan jóvenes– que, si no hubiese elegido este camino, mi vida carecería de sentido.

Él no se deja ganar en generosidad. Yo intento cada día estrenar mi sacerdocio y entregarme al Señor y a los hermanos. Y la verdad es que recibo mucho más de lo que doy, del Señor y de las personas, de las de Iglesia y también de las personas en general. Por lo tanto, suscribo el lema de la jornada de este año, porque en verdad ésta es *una vida apasionante*.

- **LJA:** El ser testigo ya a lo largo tantos años de la historia de cada persona, algunos jovencitos, otros medianos, otros mayores –porque en la vida de los seminarios hoy hay de todo–, de las peripecias, de la relación con sus amigos, con sus familias, es algo único.

Y como es verdad que el seminario está un poco en el centro de la diócesis, te da posibilidades muy grandes de relacionarte con muchos curas, muchas parroquias, muchos jóvenes. En este sentido, me parece que estar en el seminario es francamente un verdadero privilegio, por lo que supone de ser testigo de lo que hace el Señor. Lo del día de san José está muy bien puesto, porque san José estaba asombrado viendo lo que pasaba en **María** y en el pequeño Jesús. Y así lo vivo.

- **PL:** No quiero que suene a tópico, pero a mí lo que me apasiona es ser cura, ser cristiano, y también el estar en el seminario, donde llevo media vida (desde seminarista a formador del menor, y ahora rector). Pero no oculto lo que supone el seminario como dolor y esperanza. Después, es continuamente dar a luz, con abortos y con vidas. No hay ninguna otra realidad en la pastoral como el seminario, tan concreta, de futuro y de esperanza, porque ayudar y acompañar a un seminarista que va a ser sacerdote es una alegría. Algunos formadores que están ahora en mi equipo los he tenido yo en el menor de pequeños. Un solo cura que salga del seminario multiplica por cien y por mil muchas cosas. Entonces, me apasiona el ser cura y estar en el seminario al que amo, pero también me apasiona apasionar a otros para que el seminario no sea una nostalgia, sino realmente un futuro.

- **JS:** A mis muchachos les digo muchas veces que la vida de un cura, y la vida en general, es como una película en la que el actor protagonista es el que

más aparece, el que hace toda las cosas importantes y es el que realiza todas las aventuras, pero que el cura vendría a ser un actor secundario, sin el cual el protagonista no haría lo que hace.

Cuando miro mi vida como sacerdote, no me veo en grandes papeles, en grandes historias, pero sí veo lo que otras personas me confían, o me preguntan, o que hablan a través de mí, y eso me gusta mucho. Nadie lo sabe, a lo mejor sólo lo sé yo, pero sé que esta persona ha hecho esto porque habló conmigo, rezamos juntos... Eso es fundamental.

La misión del cura es sacar lo mejor de las personas. Como formador, es un privilegio. Que la Iglesia necesita escuchar, que hay gente joven que tendría otras opciones, otros proyectos, que tiene hoy en día más aún un montón de posibilidades..., pero que todo eso lo deja a un lado para decir:

“Me gustaría ser cura”. Creo que la Iglesia necesita escucharlo, y a mí me gusta escucharlo en nombre de la Iglesia, y se lo digo a mis compañeros sacerdotes. Y un joven de 15 ó 16 años puede decir que quiere ser cura; otra cosa es que lo vaya a ser. Pero que haya gente que se haga estos planteamientos es algo necesario para la Iglesia.

- **FJM:** De los 25 años que llevo de cura, 23 los llevo en el seminario como docente. Echando la vista atrás, hay veces en las que nosotros los educadores necesitamos redescubrir esa pasión, a pesar de las heridas que llevamos de

los procesos, de los proyectos inacabados y de los que al final no han llegado.

Como dice san **Agustín** en el sermón de los pastores, como ni nuestro amor ni nuestro temor es nunca correcto, aquél del que desesperábamos resulta que se vuelve el mejor, y aquél en el que habíamos puesto la confianza es el peor. Pero, a pesar de todos los retos que se nos plantean, que a veces creemos que nos sobrepasan, te das cuenta de que lo que el Señor nos pide es que seamos fieles en esa tarea y que le ayudemos a hacer crecer a la gente. A lo mejor no sabemos apreciar todavía –tenemos una cierta hipoteca del número, del peso– lo que podemos hacer crecer, aunque sea poco, algunos de nuestros seminarios frente a lo que nos gustaría. Yo tengo ya superiores que han sido alumnos míos, y te das cuenta de que a un compañero sacerdote tú le has descubierto una serie de cosas, ha ido creciendo, le has acompañado, le has ayudado. A lo mejor se han quedado otros en el camino, pero éste está, y está haciendo una muy buena labor. En definitiva, somos siervos inútiles, pero de nuestra inutilidad se sirve el Señor. Tengo un poco la manía de que la fe cansada de Europa también invade a los sacerdotes. Es necesario darnos cuenta de que lo que tenemos entre manos es lo suficientemente valioso e ilusionante como para que retomemos fuerzas y sigamos adelante.

Fotos: Luis Medina

